

SOCIOLOGIA DEL PRESENTE

Por el Dr. D. Sebastián García Díaz

Terminada la guerra 39-45 —la última Gran Guerra de la tierra por la tierra—, podría creerse que se restablecería la hegemonía occidental europea, armonizada con la participación de Estados Unidos y Rusia. Pero Europa había quedado desacreditada, porque sus intelectuales no fueron capaces de evitar tanta barbarie, y rota en su carne y en sus rencillas. Muy pronto, cuando el pasillo de Berlín de 1948, se vio que los aliados para la guerra no estaban dispuestos a serlo para la paz, o mejor, para la incruenta guerra de la política y el poder económico. Y años más tarde, en 1956, cuando la expedición de Suez emprendida por los ingleses, franceses e israelitas es desmontada agria y desconsideradamente por Estados Unidos, que demostró una vez más su absoluta carencia de sentido proyectivo a largo alcance. Y desde aquel momento Europa, humillada y resentida, se pliega en sí misma, y se alcanza la triunfal y descarada hegemonía de América.

Es la vuelta de las Carabelas, que fueron cargadas de espíritu, religión y cultura, y regresaron hasta la borda de praxis, taylorización, consumo, mercado, trust, organización y standards, pero vacías las bodegas de esperanza, dignidad y calor. El hombre va a ser desposeído de Dios y de las normas éticas, para ser medido en eficacia y productividad.

Se anuncia una nueva religión sin fe y sin oficiantes. Se constituyen o inventan naciones que eran tribus, familias o conglomerados, pero que no tenían ni una historia en que respaldarse, ni un proyecto de vida en común. Y a esas naciones

se les otorga un número, se les coloca en un área de influencia, y, lo que es peor, se les arrebatan sus tradicionales creencias, que no son sustituidas por otras, con lo que el hombre queda con un hueco dramático en su alma, que en vano intenta llenar con televisores y frigoríficos.

Se dice tanto, que no importa repetirlo una vez más: Vivimos época de crisis esencial y honda, que afecta a ideas, normas, estructuras y vida. Desde que Max Plank y los Nóbel del 32 Scheodinger y Dirac, pusieron los fundamentos científicos de la energía atómica, una serie de cambios que afectan desde las comunicaciones hasta la religión, pasando por las relaciones entre los pueblos y la estimación de la persona, argumenta una cronología y razón de la crisis por encima del empeño vanidoso del hombre que considera los avatares de su vida en cualquier época como testigos de crisis universal.

Ha empezado en nosotros el «shock» del futuro, que tan metódicamente ha descrito Arvin Tofler, y el inmenso estremecimiento de su aceleración es superior en el espíritu de lo que lo es en el cuerpo la aceleración de las naves espaciales: «En los tres decenios escasos que nos separan del siglo XXI, millones de personas corrientes sufrirán una brusca colisión con el futuro».

Se trata de algo más profundo y más visceral que el «cultural lag», o culatazo de la cultura, que se ha venido sucediendo en las mudanzas de épocas, siempre que el pensamiento ha ido por delante de la civilización, de la técnica, creando un hiato temporal lleno de desasosiego. Dice Christopher Dawson que nuestra época es la de Frankenstein, ese personaje que creó un monstruo mecánico y después se dio cuenta que había escapado a su autoridad y amenazaba su propia existencia.

El hombre adulto de nuestros días tiene domesticada la libertad. Constreñido a vivir en ciudades que no fueron hechas a su medida, la antigua muralla que las protegía se ha convertido en muralla particular que cala y atenaza su espíritu. El hombre en la ciudad ha perdido la raíz de la tierra, su paisaje del alma, y la ciudad le condiciona un cuadro de solapada irritación propicia a la protesta, facilitando los caminos de la agresividad. Su soledad —cuando accede a ese

lujo, casi siempre por encima de su bolsa— es una soledad con polución de ruidos y presencias, por una intimidad de endeble tabiques que la hace forzosamente compartida. Florentino Pérez-Embid lo ha descrito con exactitud y rigor: «Aparece señora de la vida individual, la prisa. Todo el mundo tiene prisa, ha de acudir a una cita y luego a otra, a lugares muy distantes entre sí, quizás a países y aun a continentes distintos. Surge la «agenda» como otro símbolo. Espectáculos de masa en Estadios o Palacios Deportivos gigantescos en los que el deporte no se practica, sino que se mira y se vive con pasión, a veces próxima al delirio. Vacaciones pagadas, aunque cortas, en Residencias colectivas, caravana de automovilistas, trajes hechos para cualquiera y para nadie, latas de conserva. Dominándolo todo la velocidad y el ruido».

El hombre no se siente libre. Sabe que su propia libertad individual está supetida a intereses más generales y gregarios, y por eso tiene que invocar constantemente al «pueblo libre», a esa curiosa expresión del «mundo libre» que sería ridícula si no fuera patética. La libertad necesita grandes sumandos y llega a ser más que un ejercicio natural del hombre, un ideal lejano, poético, soñado, sujeto a toda clase de cautelas. «No hay libertad contra la libertad», dejó escrito una de las mentes más liberales de la España contemporánea.

El dirigismo estatal o de empresa en todo, hasta en la administración del ocio, que ha sido desfigurado como fuente de enriquecimiento espiritual dentro de la contracultura de masas. La democracia es cada vez más falsa, más difícil y asistimos a su escamoteo por poderes personales o de partido, que sólo conservan de la democracia su fachada, y la capacidad de subversión de la palabra, y no llegan siquiera a estructurarse en despotismo ilustrado, porque un «pueblo» manejado y azuzado dicen que no lo toleraría.

La queja del hombre medio no es audible, y las reivindicaciones han de hacerse a golpe de escándalo y terrorismo, de violencia. Este hombre medio que rechaza la violencia tiene necesidad de evadirse y si no quiere utilizar los mil inventos que la sociedad de consumo pone a su alcance para que se adormile consumiendo, busca su evasión personal. Por eso

hay en mundo de hoy 300 millones de alcohólicos, 250 millones de mascadores de coca, 300 millones de fumadores de cannabis y 400 millones de fumadores de opio, sin contar las drogas alucinógenas, euforizantes y psicodélicas de síntesis. Los que sabrían llenar el ocio no lo tienen, los que lo tienen no saben llenarlo.

Ocio y superpoblación van llevando a un descenso en la calidad y cultivo de las personas. Sucede que las clases de más cultura y más capacidad de docencia y formación tienen pocos hijos, mientras que los estamentos más elementales y primitivos son mucho más prolíficos, con lo que pronto se ha de hacer más notorio el ya indudable empobrecimiento espiritual del mundo.

El hombre adulto tiene a veces más necesidad de olvidar que de evadirse. Olvidar en lo absoluto; porque no siempre puede darse el lujo del recuerdo. Ese recuerdo patrimonio del alma, poetizado por un hombre de nuestra tierra, Fausto Bortello:

*Recordar es abrirse de par en par el alma,
y acariciar las cosas que nos fuimos dejando
olvidadas en ella,
con el júbilo mismo con que un ayer ya muerto
las gozábamos nuestras recién hechas al tacto.
Recordar es clavarse mil espinas de pronto,
o quitarse otras tantas que nos iban doliendo.
Recordar es vivirse
y morir repetido, con un poco de dulce
y otro poco de amargo mordiéndonos los labios.*

El recuerdo y el proyecto, los dos brazos del equilibrio de un hombre en madurez, hechos difíciles y aleatorios por una progresiva incapacidad de creación, a veces por una radical incomunicación. Es la condición uniformada de la masa, de la que sólo interesa respetar la limitada capacidad de discriminación del consumo en ascenso, y para eso la incomunicación sólo respeta el diálogo tácito de los grupos que tanto preocupa a los psicólogos, mientras la disconformidad es domesticada por el cultivo sistemático y descarado de un triun-

falismo que abarrota la televisión y llena los diarios, para cubrir, con chorros de palabras e imágenes, la injusticia.

La religión como riqueza individualizadora también está conociendo sus sucedáneos, y de una parte la campaña positiva que le aplica un criticismo mal intencionado, y de otra la modernización de normas y valores, facilitan al hombre el olvido de unas verdades suprasensibles y de fe y el cumplimiento de mandatos que no tienen más fuerza de obligar que la libertad y el espíritu; y cuando el hombre busca su refugio ha perdido la senda.

Las máquinas, que en sí no son buenas ni malas, han producido al hombre tecnificado. Y este «homo technicus» se regula por una escala de valores absolutamente inválida para la convivencia y el personal perfeccionamiento, porque sus módulos son cifras y no ideas ni emociones. El hombre busca tras el «Deus absconditus» de los místicos, y la «insegurítas» de los filósofos, de manera tan descarada que cuando las Naciones Unidas quisieron ofrecer una agencia que congregara el máximo respeto, inventaron el Consejo de Seguridad. No basta. El hombre, para darse calor, para sentirse más seguro, tiene que agruparse en masa y ésta —lo sabemos hasta la amargura— es manejada a fondo. Se desvaloriza la verdad por el hecho, se improvisa ese cómodo y socorrido comodín estético que la autenticidad.

La angustia pierde su sana finalidad de impedir la catástrofe y adoptar defensas, para hacerse estado, a veces insoportable. La falta de hondura y curiosidad cristaliza pronto en el hastío, en la sofisticación. En cierto sentido, la imagen de una parte de nuestra gente podría ser la del viejo y adentrado Gog de Papini que vuelve a encontrar el simple camino de la verdad en el «pan de la muchacha», o aquel amanecer, siempre limpio, sobre la playa fría que tonifica los pies del hombre destruido en su alma, al final de la «Dolce vita».

Heidegger ya hablaba del «mit sein», el estar con. El hombre de hoy está con mucha gente, pero no está ensimismado.

Signo de nuestro tiempo, quizá más visible que los otros, la agresividad. Agresividad contra la naturaleza, agresividad contra los valores estéticos de las ciudades viejas, entre las

naciones, entre las razas, entre las ideas e incluso en la terapéutica y en los modos de enfermar y de morir del momento presente.

Es la sublimación de la mediocridad. El mutuo apoyo espontáneo o previsto de los mediocres, de los perezosos. «El recelo y la pereza son responsables de la depresión de ánimo del hombre actual», dice Fernández Cruz. Las águilas vuelan solas, pero los rebaños deambulan rozándose los costillares. Hoy el líder nato tiene que convertirse en agitador para sobrevivir, para hacerse notorio. No es hora de capitanes, sino de cabos. Hora de monólogos o de silencios, no de diálogos; las tertulias desaparecen porque el hombre ha despreciado el valor del verbo. Tiempo del compromiso, la componenda, el arbitraje, la neutralidad. San Juan clamando hace XX siglos en el Apocalipsis, y hoy: «Porque no eres frío ni caliente, sino tibio, estoy para vomitarte de mi boca». Hombres neutrales, que olvidan que el que nada entre dos aguas termina con los pulmones deshechos, y que (como recordaba José Luis Pinillo) «el destino de los que se quedan entre dos fuegos es morir acribillados».

Seguro que esta panorámica lleva las tintas cargadas, pero es precisamente mi intención destacar y remover lo más negativo y pesados de nuestra sociedad, para obtener un buen contraste en donde insertar los condicionamientos sociológicos del presente. Yo sé bien que existe una minoría lúcida, luchadora y trascendente. Que viven entre nosotros y nos enriquecemos con su trato, hombres de mente clara y corazón en activo, instituciones religiosas, grupos de estudio, que mantienen una fidelidad a valores y normas ejemplares y naturalmente ellos nos salvarán. Nos salvará también una juventud inconformista, que busca con duro instinto caminos nuevos y más andaderos o que saben, como buenos caminantes, que en el mundo no hay camino, «se hace camino el andar».

Inconformismo juvenil de los mejores, que puede adoptar cuatro actitudes:

Rebelde ante lo que se le ofrece y no le gusta, pero sin ningún plan positivo. *Salvadora* de aquellos valores que merecen la pena ser extraídos de la ganga de mediocridad. *Renovadora*

como el espíritu evangélico es capaz de renovar (hacer de nuevo) situaciones creadas a su sombra pero desvirtuadas. Y simplemente *retraída* cuando no quiere saber nada de lo que encuentra ni se sitúa en cualquiera de las anteriores disposiciones, son los que acuden a los movimientos hippys o se evaden por la droga y la protesta.

Entre aquellos hombres útiles y estos jóvenes signados de esperanza, se abre, es cierto, una brecha generacional. Pero esa brecha siempre ha existido. Sucede que ahora es más patente por una serie de circunstancias simultáneas que no es ocioso enumerar:

La brecha o enfrentamiento cuaja hoy con *mayor precocidad*, ya que los jóvenes acceden antes a criterios propios y a capacitación de trabajo y polémica que en las estructuras sociales anteriores, en las que el proteccionismo de los padres se ejercía hasta bien entrada la veintena.

El *aumento del índice medio de vida* hace coincidir tres generaciones en activo: los abuelos, los padres y los hijos. La primera posee el dinero, la segunda detecta el poder, y la tercera encuentra difícil el paso a uno y otro, al tiempo que se siente capacitada para el mando y la gestión. El enfrentamiento, pues, adquiere en seguida más radicalidad por la impaciencia y en muchos casos por la falta de generosidad de los mayores, que creen prolongar una juventud poseyendo unos atributos reverenciales.

La brecha generacional ha adquirido *más difusión* al compás de la apertura de los medios de información y espectáculos, y a medida en que una política interesada en el enfrentamiento quiere valerse de los jóvenes para jugar la carta cómoda de la subversión sin compromiso.

El enfrentamiento a tono con los tiempos, adquiere *mayor violencia* al estar en crisis, por motivos éticos, la institución familiar. Y por otra parte por la renuncia o el desconocimiento de la ternura, esa gran fuerza del alma que va desapareciendo vergonzosamente del tesoro de la masculinidad.

Y por último, la mutua y profunda *gana de comprender*, por parte de las dos generaciones enfrentadas, hace paradójicamente más profunda la incomprensión en razón al juego

de argumentos con que cada uno trata de apoyar su tesis, y no es cuestión de tesis, sino de generosidad.

El relleno de esa brecha abre puerta al optimismo y a la posibilidad de un replanteo crítico sobre el sistema, más de consignas que de ideas, que ensombrece el horizonte.